

El rostro ilegible: geografías de terror y miedos. The eligible face: geography of terror and fear

Julio César Rubio Gallardo¹

Universidad Pontificia Bolivariana, Palmira

Resumen.

El impacto socio-histórico que los hechos del 11 de septiembre de 2001 han generado a nivel mundial es evidente, no sólo por la gran cruzada desatada para 'vengar' a las víctimas, junto al despliegue militar y mediático de su justificación, sino al conjunto de intereses geopolíticos y económicos que se hicieron evidentes para desarrollar la 'guerra infinita'. Como efecto la palabra terrorismo, ahora convertida en una categoría de análisis social, jurídico, político y económico, se expande e instaure como 'verdad' políticamente legitimada, lo cual no exime la influencia que ello tiene sobre la academia y los análisis que desde las ciencias sociales se hacen, y mucho menos sobre los debates y legislaciones que los gobiernos deben elaborar a propósito de sus conflictos internos e internacionales. El presente texto quiere señalar una serie de lógicas socio-históricas e interpretativas que dicha palabra ha producido, reconociendo su ambigüedad enunciativa, como fuerza central, y sus posibles efectos en un mundo plagado de miedos, inseguridades y sospechosos.

Abstract

The socio-historical impact the events of September 11, 2001 have generated worldwide is evident, not only due to the great crusade untied 'to avenge' the victims, with military and media deployment of its justification, but also due to the set of geopolitical and economic interests that became evident to develop the 'infinite war'. Consequently, the word terrorism, now turned into a social, juridical, political and economic category of analysis, expands and establishes as politically legitimized

¹ Lic. Ciencias Sociales, Esp. Investigación Social, (Est) Maestría Educación Universidad del Valle. Docente Universidad Pontificia Bolivariana Seccional Palmira, Coordinador Grupo de Investigación en Identidades y Sujetos Sociales – UPB Palmira. julio.rubio upb.edu.co

'truth'. It does not exempt the influence that it has on the academy and the analyses done from social sciences points of view, and much less on the debates and legislations that the governments must elaborate about their internal and international conflicts. The present text indicates a series of socio-historical and interpretive logics the above mentioned word has produced, recognizing its enunciative ambiguity, as a central force, and its possible effects in a world riddled with fear, insecurity and suspects.

Key words: Terrorism, war, conflict, geopolitics, violence, mass media.

"Qué ruido tan ensordecedor tan parecido al silencio"

"Es difícil considerar extraña a una persona que es igual que yo, Deja que siga siendo lo que hasta ahora, una desconocida, Sí, pero extraña nunca podrá ser, extraños somos todos, hasta nosotros que estamos aquí, A quién te refieres, A ti y a mí, a tú sentido común y a ti mismo, raramente nos encontramos para hablar, sólo muy de tarde en tarde y, si queremos ser sinceros, pocas veces merece la pena, Por mi culpa, también por la mía, estamos obligados por naturaleza o condición a seguir caminos paralelos, pero la distancia que nos separa, o divide, es tan grande que en la mayor parte de los casos no nos oímos el uno al otro"

José Saramago.

"Terror" en acto

Ha transcurrido cierto tiempo luego del ataque a las torres gemelas y su impacto no deja de provocar sentimientos, interpretaciones y reacciones de diversa índole; el 11-S ya es un signo de época y su aura cobija positiva o perversamente diversidad de actuaciones. Así, muchas imágenes, números y palabras han proliferado luego de la caída de las torres en el World Trade Center: las imágenes incansables del segundo avión penetrando la torre sur; la incertidumbre numérica de los cinco mil o más desaparecidos; el movimiento en las bolsas de valores luego del ataque. Pero lo más significativo, recurrente y repetitivo ha sido el uso descomunal de la palabra terrorismo. Palabra que encarna el centro de la situación desde la cual se está librando la "guerra infinita" y la justificación

de un discurso por la "justicia eterna"². De igual manera, la lucha contra el terrorismo se hace el signo de la política internacional y nacional de seguridad; el signo de los tránsitos migratorios ahora sospechosos y en vigilancia, y el signo que anima elecciones y a electores, como lo ejemplifica el nuevo periodo de gobierno de George W. Buhs Jr.

Sin lugar a dudas el impacto social que los hechos del 11-S han generado a nivel mundial es evidente, no sólo por la gran cruzada desatada para 'vengar' a las víctimas junto al despliegue militar y mediático de su justificación, sino el conjunto de intereses geopolíticos y económicos que se hicieron evidentes para desarrollar la 'guerra infinita'. La onda política ha sido estar de acuerdo con esta guerra contra el terror, así en los últimos años algunos gobiernos empiecen a distanciarse de dicha onda, muy 'influenciados' por los desastrosos resultados que esta cruzada ha dejado en Afganistán e Irak. Pero lo más significativo de esta 'lucha contra el terror' ha sido su capacidad de erigirse como discurso y práctica de seguridad global, incluso sobrepasando normatividades y entes multilaterales como la ONU, que por omisión quizás, están dando lugar a un pensamiento único sobre las guerras y conflictos del siglo XXI y sus formas de resolución. Dejando abierta la sentencia de Jürgen Habermas: "si el régimen del derecho internacional fracasa, la imposición hegemónica de un orden mundial liberal no sólo resultará más exitosa políticamente, sino que además estará justificada moralmente aunque se sirva de medios que vulneren el derecho internacional" (2006: 53)

De ahí que la palabra terrorismo, ahora convertida en una categoría de análisis social, jurídico, político y económico, se expanda e instaure como 'verdad' políticamente legitimada, lo cual no exime la influencia que ello tiene sobre la academia y los análisis que desde las ciencias sociales se hagan, y mucho menos sobre los debates y legislaciones que los gobiernos deben elaborar a propósito de sus conflictos internos: la seguridad, la política, los migrantes, en fin, la democracia misma. María Teresa Uribe ha advertido que podríamos estar asistiendo "desde cierta óptica teórica de globalización (a)... pensar que en el contexto de las guerras contemporáneas la representación que unos se hacen de otros, es

² «Guerra infinita», «Justicia eterna», «Eje del mal», «Guerra antiterrorista», son algunas de las palabras que el presidente George Bush Jr acuñó para justificar su accionar militar, político e ideológico luego del ataque a las torres gemelas, que sirvieron a su vez para inventar-producir un discurso político, jurídico y cultural sobre los conflictos contemporáneos.

difusa e indiferenciada" (Uribe, 2004: 107) lo cual, mas que una comprobación, es un llamando de atención a caracterizar los conflictos en sus contextos y relación con otros que se suceden en el mundo. Por ello la autora sugiere diferenciar las acciones, las tecnologías, los actores y, en últimas, la historicidad de cada guerra o conflicto, en un momento donde el discurso del terrorismo eclipsa la multiforme realidad que vivimos.

Entendiendo que los efectos, algunos colaterales, del fenómeno 11-S y la guerra preventiva proseguida aún tienen muchos lugares difusos para su análisis, he querido en el presente texto ubicar ciertas 'huellas' interpretativas que intentan darle un sentido a dichos acontecimientos de muchos sentidos posibles. Sobre todo, describir desde algunas claves conceptuales ciertos elementos que bien podrían trascender lo del 11-S y servir para ir detectando futuras formas a través de las cuales se pueden desenvolver y dar a conocer los conflictos en el nuevo siglo; lo anterior siempre pensando en lo problemático que ha sido y puede continuar siendo el uso indiscriminado de la palabra terrorismo, como parte de un discurso hegemónico en la vida social contemporánea. Para ello no he querido historizar dicha palabra y mucho menos definirla, no es la pretensión; en su lugar he querido describir ciertas lógicas y dispositivos que bien pueden estar sirviendo para justificar la situación actual y futura; es decir, he querido jugar con la ambigüedad enunciativa y política que la palabra comporta, aún y a pesar de los límites y riesgos heurísticos que genera; pero es por esa misma situación que he optado por un camino más descriptivo. Reconociendo, eso sí, la advertencia de Álex Grijelmo:

"La intención de seducir con las palabras ha alcanzado en la política y la economía, y en las almenas del poder, su más terrible técnica... Las palabras manipuladas, en efecto, van delante de las injusticias para abrirles camino... La técnica que difundió Joseph Goebbels (el muñidor del aserto según el cual una mentira repetida mil veces se convierte en verdad) se han reproducido en los más variados campos, también mediante ese 'proceso de creación de la aceptabilidad' que denuncia Jean-Pierre Faye en su obra, una estrategia que prepara las acciones mediante palabras manipuladas que se arrojan por delante, palabras teloneras de los abusos y de la agresión" (2004: 145-151-152).

Así, la palabra terrorismo ha sido lanzada frenéticamente al movimiento y velocidad televisiva, periodística, hipertextual, cineasta y

cotidiana; velocidad y uso repetitivo que tiende a llenar su sentido de un vacío sospechoso, de una vacuidad peligrosa que puede ser llenada por todo aquello que mediática y tendenciosamente sea enunciado como terrorismo. Quizás, luego de la caída de las torres, la inminencia de un riesgo de guerra era un presagio indiscutible, lo impredecible era la fisonomía de esa guerra, sus tácticas, sus dispositivos, sus territorios y tiempos. Al instante del suceso el mapa era borroso y opaco para alguna conjetura. El rostro era ilegible, como la mano invisible de Adam Smith controlando el mercado. Pasadas las semanas y los meses los mapas se han tornado más claros y las acciones de guerra evidentes. El terrorismo ya tiene rostro, muchos rostros ubicados más allá de Ben Laden, más allá de las fronteras afganas y más allá del continente asiático; el engendro del terrorismo se ha globalizado tan rápido como los discursos y las acciones que pretenden dar cuenta de él. Definirlo es la intención inconclusa por su misma vacuidad, movimiento, opacidad y juego político, que no permite superar la incertidumbre que encarna dar cuenta de "algo-alguien" ilegible. El propósito es atrapar todo y mucho a través de un discurso y unas imágenes únicas y homogenizantes que no fallen en su cometido. El terrorismo se vuelve cercano a lo siniestro de Freud, está próximo a lo "espantable, angustiante, espeluznante, pero no es menos seguro que el término que se aplica a menudo en una acepción un tanto indeterminada, de modo que casi siempre coincide con lo angustiante en general" (Freud, 1919: 46).

Tal indeterminación, generalidad excesiva y repeticiones constantes no nos permiten hacer una pausa para elaborar las preguntas pertinentes que abran la comprensión del 11 de septiembre y lo proseguido. Pero un tanto ensimismados por la información, por las censuras y el golpe subjetivo de asistir a una guerra televisada, en un momento de sosiego uno se pregunta: ¿Puede ser peligrosa tanta generalización de la palabra terrorismo? ¿Acaso el terrorismo esconde una o varias historias de su origen? ¿Dicha generalización terrorífica terminará señalando cualquier acción legítima de protesta como terrorista? ¿Dónde hallar el terrorismo en la aldea global? Pueden ser estas preguntas las que allanen un camino más concreto y específico, particular y contextual, sobre la abundancia de la palabra y su significado, sobre todo ahora que el gobierno estadounidense dice que quizás no se logre capturar a Ben Laden y que luego de la invasión, por motivos de armas biológicas y de destrucción masiva

inexistentes en Irak y capturado Hussein, la paz no llegará. Entonces, ¿cuál será el rostro en la escena del terror?

El otro como amenaza

Repetidas veces hemos escuchado que la primera víctima en una guerra es la verdad: se hacen dudosos los informes de guerra, las imágenes y las posibles ganancias militares o políticas. Pero esta víctima - la verdad - encarna de igual manera la producción de un discurso y de una imagen que nombra al adversario y da 'identidad' al otro, dotándolo de atributos y pertenencias que lo caracterizan y diferencian, en este caso como amenaza, como enemigo, como terrorista. Así, tanto el gobierno afgano, en principio, como Al Qaeda luego, y el gobierno estadounidense, han producido globalmente, gracias a los medios masivos de comunicación, dos rostros excluyentes, amenazantes y peligrosos. Han jugado las ideas de un "dios único, majestuoso y amedrentador"... y... 'también el sentido terrorífico que, en algunos casos, se puede dar al poder imperialista de un estado, que aunque se construya dentro de determinado orden jurídico, cree que puede y debe atemorizar a los pueblos que ha de sojuzgar o que son enemigos de él y que... le pueden producir terror'(Baroja, 1987: 76).

Ambos han elaborado sus imágenes en medio del conflicto, pero ha sido la imagen y el discurso emitido por Bush el que ha alcanzado mayor impacto debido a la coalición mundial que logró armar, so pena de los beneficios de aquellos que decidieran adherirse y por los alcances geopolíticos que se empiezan a presentar. La 'justicia infinita', la 'dignidad duradera' y la 'democracia anglosajona' se yerguen en universalismo aglutinador de Occidente para luchar contra el terrorismo, su antagónico y más enconado rival, según ellos o nosotros, que desestabiliza la historicidad de una supuesta paz o 'estado de animo' civilizatorio. Y es ahí, en la defensa de ese 'estado de animo' llamado sociedad liberal y democrática, de donde los aliados han sacado argumentos para enarbolar la vieja tensión y lucha entre civilización y barbarie.

Esa imagen del terrorismo agenciada en Norte América y los aliados ha querido darle identidad a una sospecha, a un espectro aún inasible para la inteligencia militar y política del mundo occidental. Tal vaguedad de contenido específico lo que ha producido es la extensión, indiscriminada de una imagen aplicable a todo lugar, a todo tiempo y realidad no cercanos al 11 de septiembre; incluso es aprovechada descaradamente

por diversos gobiernos para implementar políticas nacionales, supuestamente antiterroristas. Es un discurso y una imagen sin anclajes territoriales precisos (en todo lugar hay terrorismo), sin historias de los pueblos y sus procesos de conquista de derechos (toda acción se vuelve terrorista) y, mucho menos, de reconocimientos de la diferencia sociocultural y política (todo opositor es terrorista). Además, este terrorismo como amenaza y la búsqueda de su superación se instala donde el poder establecido y los aliados lo designen, estos definen en la política internacional donde consideran que el terrorismo está ubicado, y por tanto, donde atacarlo: definen la ideología y la geopolítica del antiterrorismo, la "guerra preventiva" y la "justicia infinita".

Para ello se ha construido un estigma social global amparado en esa idea, discurso e imagen terrorista. Esa palabra - estigma - creada por los griegos para nombrar la exhibición de algo desagradable y poco habitual en una persona - deformación física o color de piel -, en la actualidad se usa para nombrar al mal en sí mismo. Siguiendo a Erwing Goffman y su caracterización de tipos de estigmas, este sería un estigma "tribal donde la referencia es la raza, la nación o la religión, susceptible de ser transmitido por herencia y contaminar por igual a todos los miembros de una familia" (Goffman, 1995). Donde aquellos atributos determinados y clasificados para nombrar el estigma - terrorismo - se vuelven extensivos a todo aquello que el ojo escrutador nombre como semejante, próximo o parecido al terror. "De ese modo dejamos de verlos como personas total y corriente para reducirlos a un ser inficionado y menospreciado. Un atributo de esa naturaleza es un estigma, en especial cuando él produce en los demás, a modo de efecto, un descrédito amplio"; como lo sucedido con el mundo musulmán y otros países no orientales donde se dice existen terroristas - por ejemplo Colombia -. Pero a la par de la ubicación del estigma en tanto amenaza, ello conlleva implícita o explícitamente la relación entre terror y miedo. Es decir, señalar los terrores y terroristas es al mismo tiempo resaltar los productores de miedos que la sociedad debe enfrentar, en tanto riesgo del orden establecido individual, social y cultural. Rossana Reguillo claramente lo ha dicho:

"son las personas concretas las que experimentan miedos, como formas de respuesta, se trata del plano individual; sin embargo, es la sociedad la que construye las nociones de riesgo, amenaza, peligro y genera unos modos de respuesta estandarizada, reactualizando ambos,

nociones y modos de respuesta, según los diferentes periodos históricos. Lo que significa que la sociedad contemporánea, además de enfrentar sus propios demonios, lleva a cuestas la carga de los demonios heredados del pasado. Pero es en los territorios de la cultura, donde las nociones y modos de respuesta, se modalizan, es decir, adquieren su especificidad por la mediación de la cultura"(Reguillo, 2000: 65).

Entonces, terror y miedo, paz y seguridad, se vuelven caras que se superponen en los pliegues de la dinámica cultural, eso sí, profundamente politizada en sus formas institucionales de enfrentar o dar respuesta a la situación desde la mirada occidental norteamericana. Esta adscripción y modalización cultural de los miedos para el caso de aquel surgido luego del ataque a las torres gemelas, ha estado promovido por un dispositivo que Norbert Lechner (1990) llamó, en su contexto, la "apropiación autoritaria de los miedos", que se ejerce no exclusivamente a través de la violencia física e invasiva, sino y de manera relevante, desde los medios de comunicación y de aquello que Zygmunt Bauman (2005) ha llamado "manipuladores de símbolos". Podría decirse, en tal sentido y llevando al extremo la idea, que la llamada guerra contra el terrorismo desencadenada luego del 11-S, produjo dicha apropiación autoritaria al promover, de un lado, construir la imagen del otro como amenaza que lograrse darle un rostro 'claro', legible, al enemigo-miedo permitiendo, real y simbólicamente, idear estrategias para acabarlo; y de otro lado, esa construcción del otro como amenaza desplegó ciertos mecanismos legitimadores de la acción que habrían de ser interiorizados por las gentes, para lo cual el nacionalismo, los medios de comunicación, la religión y el poderío militar se instauran como solución para el miedo. Todo como parte integrante de un dispositivo que termina por 'condicionar' la asimilación del miedo y la imagen de la otredad como terror, a través de la explotación emotiva de las imágenes, las rabias, los duelos, y sobremano, de los odios que la pérdida humana produjo.

Este juego de inventar al otro, desarrollado por ambas partes, pero llevado al extremo por los aliados occidentales y con los rasgos políticos propios de una época de expansión de poder norteamericano, terminó por hacer del terrorismo, sus actores, territorios y de los miedos ligados a él, una política de seguridad global. Es decir, la instauración de la lucha contra el terrorismo a nivel global logró y es expresión de la imposición-apropiación de un discurso hegemónico que pretende plegar

a todo el mundo a sus intereses y búsquedas, convirtiendo en verdad social, jurídica y política su invención: el estigma social global del terrorismo. Y diré que ahí yace su fuerza expansiva: en la capacidad de hacer de la otredad, del diferente, del otro, una amenaza que produce miedo colectivo y, de manera importante, que esa amenaza ya no sólo obedece a un hombre de barbas largas llamado Osama Ben Laden o Sadam Hussein, sino a la cultura o forma de vida que ellos encarnan. El oriente medio, el eje de mal, la religión musulmana, terminan por englobar, clasificar y portar la amenaza y el origen del miedo, y a su vez, el blanco de ataque, en este caso. Baste recordar los discursos y acciones de guerra emprendidas en el llamado 'eje del mal', guerra que soportada en el agenciamiento del miedo, hace recordar la sentencia del escritor libano-francés Amin Maalouf: "sé perfectamente que el miedo puede llevar al crimen a cualquiera" (Maalouf, 2001).

Pero si bien los efectos del 11-S desplegaron la guerra por la 'justicia infinita' en medio oriente, no se debe olvidar que esta lógica de inventar al otro como amenaza también ha funcionado para otras poblaciones y países considerados, en lenguaje gringo, peligros para su seguridad y, en palabras de Samuel Huntington (2004), peligros para la identidad estadounidense. Así esta expresado en el último libro de este autor conservador, quien haciendo uso de un supuesto rigor académico construye argumentos que inventan la imagen, especialmente de los mexicanos migrantes, como el peligro a los valores de la gran cultura e identidad norteamericana, por ser estas personas poco compatibles con una identidad, igualmente inventada, y llena supuestos esencialistas, que terminan por dar la imagen de perfección de vida amenazada por los tacos, la música grupera, el chavo del ocho, la virgen de Guadalupe y el acento propio heredado de los aztecas. Eso, dice, amenaza a los norteamericanos, esa migración cada vez más insistente legal o ilegal que como en la película ganadora del Oscar [Crash, 2004] deja ver la complejidad y heterogeneidad de un país históricamente construido a pedazos-retazos³ en su configuración histórica. Pero como la historia también es un ejercicio de representación e invención, Huntington hace gala de ella justificando un racismo evidente y vivido por las diversas poblaciones que en su país habitan.

³ Uso las palabras pedazos o retazos para recordar al historiador Eric Hobsbawm

Inventar la amenaza, llenarla y dotarla de pertenencias y atributos deslegitimadores que sirvan de 'chivo expiatorio' y justificador para una posible o evidente agresión física o simbólica, es la operación sutil y eficaz soportada, incluso, en discursos académicos que se juegan luego del 11-S como nunca antes. Una operación de representación e invención que supone que es "más sencillo señalarlos a ellos, reducirlos a un estereotipo, que definirnos a nosotros"; eliminar el espejo que nos devuelve una imagen distorsionada de lo que en verdad somos, obliga a un acto de sutura para con esa distorsión. Una sutura que funciona como una denegación, tal como lo comenta Fernando Escalante Gonzalbo a propósito de la idea de choque de civilizaciones propuesta por Huntington y que critica Escalante diciendo: Huntington "propone llevar a casa el choque de civilizaciones, para que nadie se quede sin su cuota de heroísmo y sin que eso tengo mayores consecuencias. En la cafetería de la universidad, mientras tanto, seguirá habiendo mexicanos para servir la comida y recoger los platos"[Escalante, 2006].

De esta manera Escalante, con lo dicho anteriormente, vuelve y pone en evidencia la invención como negación del otro, pero paródica o críticamente señala, a pesar de la búsqueda de la negación, una presencia que hace ruido (lo mexicano, el terrorismo), un fantasma que acecha la misma acción negadora que la obliga incansablemente a un acto de repetición, de trabajo constante de hacer evidente su propio poder sobre el otro, así no logre su objetivo absoluto. Judith Butler hablaría de la necesidad de instaurar

"una materialización... en virtud de la reiteración forzada de esas norma. Que esta reiteración sea necesaria es una señal de que la materialización nunca es completa, de que de los cuerpos (sujetos, identidades) nunca acatan enteramente las normas mediante las cuales se impone su materialización. En realidad, son las inestabilidades, las posibilidades de rematerialización abiertas por este proceso las que marcan un espacio en el cual la fuerza de la ley reguladora puede volverse contra sí misma y producir rearticulaciones que pongan en tela de juicio la fuerza hegemónica de esa misma leyes reguladoras"(Butler, 2005.)

Inventar al otro como amenaza es la táctica que ha jugado como justificación de las acciones de guerra, que buscan a toda costa eliminar, extirpar, negar al otro inventado. Pero tanto el atentado a las torres como

la invasión a Afganistán e Irak, no han resuelto el dilema y problema del terrorismo global, baste mirar las consecuencias para la población irakí y el ejército estadounidense, para confirmar que el fantasma del terrorismo sigue al acecho y que la representación, invención o efecto de legibilidad sobre él, ha quedado desbordado. Inventar al otro como amenaza es suturar, parcialmente, el miedo que subyace en la incompletud del acto negador; invadir, invisibilizar, oprimir, controlar es sólo una acción parcial del poder, porque el otro se hace ilegible en o por fuera de los márgenes del régimen de representación hegemónico.

Espacialidades violentadas

Si bien se plantea que el discurso de los aliados es hegemónico en Occidente, no debemos olvidar que la misma lógica ha usado Ben Laden para enunciar a su enemigo, sólo que los alcances globales y geopolíticos son bien diferentes. Ahora, lo anterior en términos de la construcción simbólica de la amenaza y el miedo que pretende darle rostro a un terrorismo indeterminado, tiene también como co-relato de su funcionamiento la búsqueda y el ejercicio de la borradura del otro como ganancia o triunfo. Una borradura no sólo simbólica, sino también espacial, en el sentido de que los territorios, lugares o espacios geográficos se vuelven objeto de los ataques y de las apropiaciones (invasiones) o destrucciones del enemigo, que a la hora de representar sus triunfos no le basta con elaborar un discurso sino, y de manera importante, dejar una huella territorial de su venganza hecha ganancia, y para ello se debe borrar toda imagen y memoria que reifique la identidad de la amenaza, de lo que ella representa como otredad cultural y política.

Este breve acápite quiere resaltar la idea anterior sobre la borradura del otro como triunfo o ganancia de la guerra, como el signo que indica que se está dominando y saldando, así sea vengativamente, la herida abierta por una acción terrorista. Para ello ha sido muy significativo, tanto el ataque a las torres gemelas como representación del poder económico norteamericano y occidental, como el hecho de que a su vez es atacada la ciudad como símbolo. Es decir, de la misma manera como se quieren borrar las torres, la ciudad sufre también ese acto violento contra su espacialidad, contra la forma de vida que ella agencia y la constituye; producto del ataque en la ciudad se ven afectadas las dimensiones materiales e imaginarias que Manhattan es y significaba. Las torres

son la ciudad y ella sin las torres se desestructura en la mentalidad de sus ciudadanos, los cuales ahora vivencian una amputación espacial que llega a la profundidad de sus biografías urbanas. La ciudad así entendida y vivida, trasciende su materialidad y se instaura como símbolo cultural, en aquella idea sugerente de Fernando Cruz Kronfly

"Quizás lo primero que se impone a nuestra mente cuando pensamos en la 'ciudad', es ese conjunto urbano de casas, edificios, plazas, puentes y rotondas. Se trata desde luego, de una 'instalación física' construida-destruida-vuelta a hacer por arquitectos, ingenieros, negociantes inmobiliarios, políticos y planeadores urbanos, no siempre guiados por una misma racionalidad ni mucho menos por una misma visión u horizonte de los que hacen. Sin embargo, más allá de esta imprescindible instalación física que le sirve de soporte, 'la ciudad' también se impone al pensamiento como estructura cultural compuesta por 'normas', 'códigos' y 'convenciones' para su uso y disfrute, sistemas de representaciones, sentimientos y afectos, por lo que deriva finalmente en un lugar cargado de utopías y miedos, sentimientos y afectos, encuentros y desencuentros, evocaciones y rupturas". (1998: 78)

De ahí que la reconstrucción de la ciudad violentada sea una tarea prioritaria: abrir el concurso para encontrar otro edificio que llene ese vacío dejado y empezar a rearmar la memoria urbana de los ciudadanos se vuelve trascendental. Sobre todo ese nuevo edificio que ya no sólo sea el símbolo del capital financiero y los ricos globales, sino lugar donde migrantes, trabajadores, empresarios y demás puedan hallar una referencia reparadora. Afortunadamente los dineros y las intenciones existen y el diseño ya está, ahora se espera dar inicio a la construcción que busca hacer parte de la memoria y la vida urbana fracturada tras el atentado. De la misma manera como se llevó a cabo la amputación espacial en Manhattan luego de caídas las torres, lo sucedido en Bagdad también es violento para la ciudad y sus habitantes. Luego de tomada la ciudad han sido los museos, bibliotecas y lugares históricos los que fueron objeto del ataque de los aliados, borrar a toda costa la memoria urbana es prioritario. Y no sólo la memoria que recuerde a Saddam Hussein, lo grave es que se ha borrado una parte importante de la memoria histórica de la humanidad, irrespetando los tratados internacionales sobre la salvaguarda de estos patrimonios y dejando claro la intencionalidad de dicha borradura. El propósito es similar: afectar los imaginarios y la

materialidad de una ciudad que a la postre es afectar su cultura, sus ciudadanos y su historia. Una borradura que permanezca más allá de cualquier intento restaurador y que recuerde, en sus cicatrices y amputaciones, al dueño de esa marca vengadora⁴. Bauman recordando a Levis Strauss nos habla de la práctica de conquistar el espacio llamada antropofágica o topofágica, en términos más geográficos

"(Esta) estrategia consiste en la llamada 'desalienación' de sustancias extrañas: 'ingerir', 'devorar' cuerpos y espíritus extraños para convertirlos, por medio del metabolismo, en cuerpos y espíritus 'idénticos', ya no diferenciables, al cuerpo que los ingirió. Esta estrategia revistió también un amplio espectro de formas: desde el canibalismo hasta la asimilación forzosa - cruzadas culturales, guerras de exterminio declaradas contra las costumbres, calendarios, dialectos y otros 'prejuicios' y 'supersticiones' locales... Estrategia que tiende al exilio o aniquilación de su otredad" (2003: 109)

Pero si bien en Manhattan los dineros están, el concurso ya tiene un ganador y se está en el trabajo de rearmar la memoria urbana, ¿cuál va a ser la situación en Bagdad? Se habla de la reconstrucción luego de la guerra y los contratistas de esa reconstrucción son empresas privadas norteamericanas, lo cual deja la sospecha sobre los criterios, propósitos e intenciones ligadas a la memoria urbana y cultural que guiarán esta tarea restauradora. Lo cual hace pensar que esta guerra también es espacial en tanto espacios históricos significativos para el adversario-amenaza, obviamente guardando las proporciones de quién tiene más poder o astucia para socavar la cartografía, los mapas y el espacio del otro. Manhattan prosigue su rumbo de reconstrucción, pero Bagdad hoy yace bajo los imperativos de la guerra, su espacialidad se ha trastocado profundamente y su reconstrucción se aleja en el tiempo. Quizás lo más complejo y preocupante sean los intereses que guiarán la reconstrucción, ya que se puede reproducir lo dicho por Zygmunt Bauman:

"la esquivada finalidad de la guerra espacial moderna era la subordinación del espacio social a un solo mapa, aquel que elaboraba y

⁴ Si bien se está hablando de la ciudad violentada por la acción vengativa producida por otra de casi igual talante, las cicatrices y mutaciones no sólo serán en ella, baste mencionar las considerables fotografías de la torturas de los aliados hacia los irakíes. Es decir, las marcas estarán presentes en el 'cuerpo urbano' y en el de sus habitantes.

sancionaba el Estado. Este proceso era acompañado y complementado por la desautorización de todos los mapas o interpretaciones del espacio rivales de aquél, así como por el desmantelamiento o la anulación de toda institución y emprendimiento cartográfico que no fuera creado, financiado y autorizado por el poder. Al cabo de esa guerra debía quedar una estructura espacial perfectamente legible para el poder estatal y sus agentes, a la vez que inmune a toda manipulación semántica por parte de usuarios o víctimas, resistente a cualquier iniciativa de interpretación 'desde abajo' [Bauman, 1999: 43-44].

Pero, ¿cuál será la configuración del futuro Estado en Irak, o del mundo si este síntoma se expande sin freno? Globalizada esa imagen y discurso del terrorismo las preguntas son: ¿dónde está el terrorismo?, ¿dónde se localiza?, ¿cómo opera?, ¿cual es su itinerario, su identidad? Sin más, es necesario hacer legible lo ilegible para así evitar la perversidad de una generalización paranoica y guerrerista que estigmatice, sin razón, otras realidades problemáticas no cercanas al 11 de septiembre ni a los motivos que lo agenciaron. Pero la ola de las guerras preventivas y la ubicación de otros ejes del mal empiezan a preocupar, sobre todo por las justificaciones y conexiones que insinúan para colocar otro punto rojo en el tablero de la guerra. Y ¿qué decir cuando la mirada se acerca a nuestro continente lleno de sorpresas políticas, 'malos' personajes vociferantes y calles inundadas de graffitis poco santos?. La espada salvadora de Bush Jr. ya se ha hecho sentir: en el continente sudamericano se está configurando otro peligro para la seguridad nacional estadounidense, ya no solo es la 'guerrilla terrorista' colombiana, ahora las democracias que toman otros rumbos diferentes al TLC y la democracia anglosajona se tiñen de terror, o por lo menos, de sospecha.

La edición del mundo

La configuración de la otredad como amenaza terrorífica, su constitución como discurso político y socialmente difundido a propósito del 11 de septiembre, ha contado con la importancia decisiva de los medios de comunicación para tal objetivo. Las maquinarias televisivas, satelitales y periodísticas han sido dispositivos agenciadores y multiplicadores, productores y reproductores de esa imagen amenazante a nivel global y vehículos legitimantes de las respuestas de los aliados en contra del terrorismo; asistimos a una ideología mediatizada del

terror y el anti-terror. Sin embargo, y a pesar de la utilización por parte de los medios occidentales para su auto-justificación, la presencia del canal árabe Al-jazeera, conocido como un emporio de las telecomunicaciones en el medio oriente y su papel en la difusión de los mensajes de Osama Ben Laden, junto a la venta de éstos a CNN y la BBC, señalan otro escenario cada vez más importante de la guerra actual: los medios de comunicación.

Es cierto que los grandes medios pelean tras la chiva espectacular, por su transmisión en tiempo real e instantáneo y por la entrevista directa con los protagonistas como razón de su eficacia comunicativa e informativa, pero también es cierto que la presencia del canal árabe colocó en stop este impulso noticioso occidental, provocando dos efectos que parecen importantes resaltar de esta tensión mediática: de un lado, el emplazamiento del canal árabe hacia las multinacionales norteamericana y británica sobre su pretendido monopolio global de la información; y de otro lado, ofrecer los discursos de la contraparte del conflicto, la otra versión de los hechos sin la mediación occidental. Efectos que nombran una tensión, no sólo entre emporios comunicativos, sino una tensión política sobre la 'verdad' de la guerra, sobre los posibles rumbos que ésta tome y sobre las representaciones sociales que del conflicto se hacen los ciudadanos, ahora conectados a nivel global.

Quizás, esta segunda cara de la tensión sobre la información de los hechos del 11-S y los proseguidos, haya visibilizado la importancia que el uso de los medios en la actualidad poseen. Se llega incluso a promover una censura a los medios bajo el argumento de la seguridad mundial; es decir, cuando el departamento de Estado norteamericano afirma que Osama Ben Laden estaría lanzando mensajes cifrados - subliminales - para promover la guerra en otros lugares, a través de sus discursos, se pretende negar esa versión del conflicto y, legitimar la suya propia. Así, el miedo provocado por el 'enemigo' no sólo tiene que ver con el acto del 11 de septiembre, también se pretende hacer escenario de guerra, de control y dominio a los discursos y los medios, agenciando una batalla de representaciones o luchas de representación, en palabras de David Slater [2001], ahora fuertemente vivida y políticamente gestionada en los mass media. La política y la guerra, de esta manera, transitan las oficinas de editores y salas de redacción que ahora se convierten en agentes, no de información, sino de cierto tipo de información fuertemente

censurada y editada según las lógicas que los adversarios movilizan y que afectan la independencia de los medios⁵.

Si bien, tal tensión sobre el monopolio de la información y cubrimiento provocado por Al-jazeera es un elemento interesante, no del todo logra quebrar la manipulación sobre los medios. Podría decirse que frente a esta disputa comunicativa e informativa, se buscó a toda costa fortalecer las prácticas monopólicas y condicionantes que hacen de los medios un escenario propicio para ganar la confrontación. Pero este interés de control mediático está ligado directamente al potencial de la práctica comunicativa de editar el mundo; de construir una verdad mediática que es lanzada frenéticamente por todos los medios de comunicación a nivel global, pretendiendo afectar, incidir, condicionar las opiniones, mentalidades o imaginarios de los ciudadanos. Práctica que hoy por hoy es sumamente estratégica, efectista y condicionante, no sólo de la opinión del común, sino de sectores académicos e intelectuales que, conjuntamente, terminan construyendo un pensamiento único sobre determinados asuntos. Baste recodar y preguntarse, a modo de sospecha, por cuáles son aquellos académicos e intelectuales que se invitan para hacer los análisis 'expertos' de los conflictos y cuáles son las ideas o ideologías que ellos proponen. Teniendo en cuenta que ellos ayudan a configurar esa edición del mundo interesada y muy alejada, como es normal, de una neutralidad valorativa radical.

Esta capacidad de editar el mundo, para bien o para mal, está muy ligada a ciertas ideas que plantean que en la sociedad contemporánea, cada vez más, los riesgos, amenazas, miedos, dilemas, son fabricados artificialmente. Así como se coloca de moda la música, los actores o modelos al editar-fabricar una imagen que se repite e instaura en los medios buscando cierta legitimidad social de dicha imagen, así mismo se ha pretendido editar-fabricar la amenaza, el miedo, el enemigo; por ello ha sido tan incómoda en esta guerra la presencia de Al-Jazeera o las opiniones divergentes de la política de guerra preventiva de Bush; o la reacción, en tono local, del vicepresidente Francisco Santos sobre los medios que fomentan el terrorismo al distanciarse de la versiones oficiales

⁵ Es importante recordar la ola de censuras, por un lado, y de 'nacionalismos, de otro, que se encendieron luego de la caída de las Torres Gemelas, que al igual que la justificación de la invasión a Irak por poseer armas biológicas afectaron la independencia de los medios para informar. Así como Bush dijo, haciendo referencia a otros países, «quien no está conmigo está contra mí», de la misma manera funcionó para los medios.

del establecimiento, es decir, de las suyas, como ha ocurrido cuando ciertos noticieros deciden difundir alguna versión de los 'terroristas criollos' sobre asuntos nacionales. Situación que para nuestro caso, luego de la declaración presidencial de la inexistencia del conflicto armado y la sola existencia de una amenaza terrorista, ha querido hacer funcionar la maquinaria mediática a su favor⁶.

Ahora bien, no se trata de fomentar una mirada de los medios satánica o demoníaca, se trata de señalar que los medios son un escenario de disputa acérrimo por el poder de representación o de invención del otro y de uno mismo, máxime cuando se está en guerra; "por ello... lejos de debilitarse, los miedos se fortalecen en la ampliación sobrecogedora de su narración mediática". Y dicha fortaleza se debe también a la ampliación que se hace de la amenaza, del otro como origen del miedo al cual se debe atacar para atemperar o eliminar la incertidumbre existencial de seguridad. Ahí opera la edición-fabricación del mundo en tanto escenario de miedos, odios y posibles soluciones, ya que para los "grupos sociales, dotar a sus miedos de rostros reconocibles, ayudados en esta operación por los medios de comunicación, especialistas en la de-nominación del mundo", es importante. "Cuando el miedo tiene rostro es posible enfrentarlo, dicen los psicoanalistas" [Reguillo, 2000: 66]. Pero la pregunta y el asunto es ¿quién es ese otro? ¿a quién se le atribuyen todas las pertenencias y atributos escenificados mediáticamente como amenaza?. Ahí yace la fuerza y el poder de la edición-fabricación del mundo y de la otredad.

En desarrollo de lo anterior, las formas usadas como noticias se vuelven claves para producir la lógica de edición, aunque no sea la única forma de hacerlo. Por ello quisiera comentar brevemente cómo la industria cinematográfica norteamericana ha servido como dispositivo de edición de ese otro amenazante y productor de miedo, incluso mucho antes del 11-S. El caso concreto es la película *Daño Colateral*, protagonizada por el ahora gobernador Arnold Schwarzenegger, en la cual el terrorismo es colombiano y es quien coloca una bomba en Estados Unidos como represalia a una invasión de ese país al nuestro. Así, se inventa-fabrica-

⁶ La concepción de la actual presidencia ha llegado al extremo de difundir y exigir a las agencias internacionales que financian proyectos en el país, no hacer uso de ciertas palabras que indiquen la existencia del conflicto social y armado, como la noción *crisis humanitaria*. Para ello ha diseñado cierto vocabulario que estas agencias, e incluso las nacionales, deben usar argumentando que esas palabras o nociones sí definen de manera real la situación que vivimos.